

nes era una grave falta política. Si los comicios se hubieran reunido en seguida, si en el gozo de la victoria hubieran designado los representantes del pueblo, la mayoría surge de las urnas decididamente republicana. Se aplazaron las elecciones sin motivo para dejar espacio á una dictadura sin objeto; y el desencanto de los días siguientes á las primeras ilusiones, el descrédito de los principales republicanos gastados en el ejercicio del poder y en las dificultades de la revolución los errores cometidos; los desengaños del pueblo que no vé llegar el tantas veces prometido eden social; las diferencias y luchas de los partidos avanzados; la recomposición y el restablecimiento de los partidos reaccionarios; la estéril agitación de los clubs, de las manifestaciones, de las procesiones cívicas; toda esta serie de con causas, conspira contra la República, y engendra una Cámara reaccionaria, que jamás hubieran engendrado los días primeros de efusión general, en que al República descendía sobre el pueblo, coro nada por tantas y tan risueñas esperanzas.

En uno de los extremos de París se levanta el palacio de Luxemburgo, erigido por María de Médicis. En sus piedras se conserva el génio del siglo décimo-sexto; en sus galerías y columnas el gusto de Italia y especialmente de Florencia; en sus salones muestras inmortales del génio de Rubens y reflejos de las ostentosas y varias artes del último imperio francés; en todos sus espacios recuerdos tristísimos de los innumerables prisioneros amontonados allí por el terror, y extraídos de allí para la guillotina; bosques, prados, jardines le rodean y le ciñen con los encantos de la vegetación; y desde sus espesas alamedas sembradas de estatuas é interrumpidas por fuentes de vistósima decoración, descúbrese unas veces las torres del Observatorio astronómico, y otras los pórticos y la rotunda del Panteón, consagrado por la gratitud de las revoluciones á todas las glorias de

Francia. En aquel palacio de la soberbia de los reyes, en aquella mazmorra de las víctimas de la revolución, se refugió la utopía socialista para resolver el problema de ahuyentar el hambre y la miseria.

Allí Luis Blanc y su compañero Albert acaloraban la fantasía de los trabajadores con promesas sociales y resolvían el problema de la extinción del pauperismo, ayudados por los talleres nacionales, que ellos no trajeron, pero que ellos fomentaron, y que daban por toda ley una escepción; por todo derecho un privilegio; por toda doctrina un absurdo; y por todo resultado la agravación de los males del pueblo. Allí, en aquellos talleres, se aglomeraban trabajadores sin trabajo; se arruinaba la industria privada sin sustituirle ninguna otra; se pagaba jornal mezquino é insuficiente á una porción de ociosos forzados; se consumían cuarenta mil duros diarios sin ningun resultado favorable; se fomentaban todas las pasiones, y se tenían series y compañías de comparsas para alimentar todos los clubs y para dar aires de grandes erupciones del sentimiento público á la más descabellada é inoportuna manifestación.

La República se había proclamado el 24 de Febrero; algunas disposiciones extensivas de sus principios cardinales se habían tomado el 17 de Marzo; y á mediados de Abril ya se impacientaba con extraordinaria impaciencia el representante de las ideas socialistas en el gobierno, porque no se había planteado y resuelto el problema de la miseria. No hay gobierno posible, no lo hay, cuando se propone resolver un problema insoluble; un problema que depende hasta de las leyes fatales de la naturaleza; un problema para cuya solución se necesita acudir á fuerzas, muchas de ellas independientes de toda política y por consecuencia fuera del alcance de la inteligencia y de la voluntad de todos los gobiernos.

Así es que los esfuerzos de Luis Blanc se resolvían al postre en manifestaciones com-

pletamente estériles para el bien, fecundas en desastres. Tal fué la manifestación del 17 de Abril. Los trabajadores iban á pedir que el gobierno organizara el trabajo. ¡Organizar el trabajo! Todo gobierno puede organizar grupos, minorías, como un ejército, como una oficina, como una aristocracia; pero en esta sociedad moderna tan complicada, en que el trabajo ha concluido por ser ley universal de los ciudadanos; organizar todo esfuerzo, todo impulso, toda actividad, es empresa insensata que puede comenzar por una utopía humanitaria y concluir por un gremio feudal. Pero la insensatez sube de punto cuando se le pide esa obra secular, propia de todas las fuerzas sociales, á un gobierno que nace de súbita revolución, que ejerce transitoria dictadura, y que se encamina á consultar la voluntad de un pueblo por largo tiempo oprimido, y á fundar una forma de gobierno, organismo de las nuevas ideas, temida de unos con sobreciertamente de recelos y esperada por otros con sobra de ilusiones. En situación tan extraordinaria, pedir á un gobierno que resolviera el problema social, es pedirle un verdadero imposible.

Así no me extraña cuanto sucedió en la manifestación del diez y siete de Abril: que una parte del gobierno la creyera urdida contra la otra parte del gobierno; que los socialistas alojados en el Luxemburgo aparecieran como conspiradores á los ojos de los templados de la casa de la ciudad; que los rumores de haber sido asesinado Lamartine corrieran para alarmar á las clases medias, y los rumores de haber sido asesinado Luis Blanc para alarmar á las clases populares; que la Milicia tocara á generala y se reuniera en son de alarma y de combate; que al llegar los trabajadores al frente del gobierno, con su grito de Viva la República en los labios, sus utópicas peticiones en las manos, sus banderas presidiéndolos, su carro cargado de sencilla ofrenda acompañándolos, se encontraran, sorprendidos é indignados, entre ba-

A.

yonetas, en vez de encontrarse entre sonrisas; y que todas las consecuencias de aquel hecho fueran al postre nuevos desentimientos en el poder, nuevos desengaños en el pueblo, nuevo terror en la sociedad, nueva reacción en los ánimos, nuevas dificultades para la libertad y para la República.

Este falso espejismo levantado en la mente del pueblo, debió traer agitación estéril y desenlace funesto. La Asamblea nacional se ha reunido el cinco de Mayo entre regocijos y esperanzas. A pesar de pertenecer la mayoría de sus miembros á los dos partidos monárquicos, al orleanismo y al legitimismo, catorce veces aclamaron con voz fervorosa y unánime el sagrado nombre de la República. Y en el átrio del antiguo palacio-Borbon, á orillas del Sena; ante el obelisco de Luxor, que entre soberbias fuentes se alza; descubriendo las líneas griegas del clásico templo de la Magdalena al frente, las torres, las cúspides, los rosetones, las flechas, las pirámides y triángulos góticos de Nuestra Señora á la derecha; y á la izquierda la gran rotunda de los Inválidos; bajo espléndido cielo de Mayo; bendecidos por la luz deslumbradora del sol; delante de Dios, que en el éter resplandecía; delante del pueblo aglomerado en muchedumbres, que tenían la inmensidad, la majestad y el solemne rumor del Océano, renovaron su juramento de consagrar el derecho y la soberanía de la nación en el seno de la República.

Pero ¡ah! que la utopía socialista debía envenenar el manantial de todas estas esperanzas y alegrías. Recoge la Asamblea los poderes, nombra una comisión ejecutiva que ejerza las funciones de gobierno, y excluye de esta comisión al elemento socialista; medida necesaria, demandada á una por todas las exigencias de la política, pues nada hay tan temible como alimentar con ficciones, después de haber engendrado con sofismas, en el ánimo de pueblos, entregados á las zozobras de los embates revolucionarios, esperanzas qui-

20

méricas, sin satisfacción posible en la realidad y en la vida. Desde el punto en que el elemento socialista es por completo excluido del gobierno, la agitación empieza en el pueblo, seducidos unos en su inesperienza por la brillantez de la utopía, alimentados otros en el Luxemburgo por el dinero del presupuesto. Y la agitación encuentra su fórmula en un pensamiento fútil, baladí, inane, en la creación de un ministerio del Progreso destinado á resolver la cuestión del trabajo. Y á esta fantasía del socialista Luis Blanc, que no fuera elegido miembro del gobierno, se juntaba un desengaño del atrabiliario Raspail, que no fuera elegido miembro de la Asamblea; y el uno concibió el proyecto de ruidosa manifestación á favor del ministerio del Progreso, y el otro á favor de la insurrección de Polonia, y ambos se juntaron y se confundieron, sin quererlo y sin pensarlo, por el peligro que hay siempre en jugar con las muchedumbres, para herir de muerte á la Asamblea, y con ella el seguro y la legalidad de la República. Un pobre trabajador había dado cuenta de la idea de Luis Blanc, respondiendo que bastaba el Ministro de Trabajos públicos á todos los problemas, y que no era necesario ministerio de Progreso, puesto que no conocía ni hubo en ningún tiempo ministerio de estancamiento y de rutina. La Asamblea rechazó el ministerio socialista, y los trabajadores del Luxemburgo manifestaron en seguida sus quejas siempre con aire de amenazas.

La Asamblea, que presintió el peligro, tomó dos disposiciones prudentes y sábias: primera, entregar su custodia á la Guardia Nacional, amiga del orden; segunda, prohibir la entrada de las manifestaciones y de los manifestantes en el recinto de su palacio. El quince de Mayo debía tratarse la política del Gobierno en Polonia é Italia; y para el quince de Mayo se citó la manifestación. Compren-dese la intención con que se había decidido recordando las palabras con que se la había

excitado. «Bajo el reinado de Luis Felipe, se clamaba: precaveos contra la revolución del desprecio. Pues, bien, nosotros debemos ahora precavernos, ó mejor dicho, imposibilitar la revolución del hambre.» Y después de un discurso así, pronunciado por Luis Blanc, nadie se había levantado, absolutamente nadie en aquella numerosísima Asamblea á sostener la creación de un ministerio, que nada podía hacer por el trabajo, y que solo satisfaría el hambre de algunos nuevos burócratas.

Llegó, pues, el quince. Toda la noche anterior y toda la madrugada se había pasado en preparativos y planes dentro de los diversos clubs. Á las ocho de la mañana miles de banderas flotaban por los espacios de la Bastilla, y en estas banderas se leían siniestras inscripciones contra la Asamblea y contra el Gobierno. A las once la inmensa legión está formada; y se pone en movimiento con el sosiego de un gran río que oculta bajo su tranquila superficie sus pavorosos abismos.

En el río desaguan, como afluentes, primero los amigos de Raspail, candidato desairado; después los amigos de Blanqui, agitador impenitente; precedidos todos por los amigos de Luis Blanc, por los trabajadores del Luxemburgo. La prefectura de policía, por complicidad ó por descuido, desatendió las precauciones necesarias. La Milicia Nacional no recibió ninguna orden. Algunos guardias movilizados, muy hostiles al comunismo y á sus muñidores, ocupaban el puente que conduce desde la plaza cercana al pie de la Asamblea, cuyo peristilo se encontraba también guarnecido y guardado. Á las doce de la mañana ya estaba inundada de manifestantes la inmensa y magnífica plaza de la Concordia. Sin embargo, el obelisco egipcio les había parecido límite señalado á su escursión, y allí se detuvieron y pararon. Mas un sacerdote, que vociferaba á favor de Polonia, gritó: adelante; y el jefe de la Milicia, general Courtaiz, débil por carácter, y ansioso de popularidad,

apartó á los movilizados del puente, y ya no hubo diques á la general inundación.

La verja es forzada y los delegados de la manifestación impelidos dentro del edificio. Albert, el amigo inseparable de Luis Blanc, vá á su cabeza; y como Lamartine quisiera cerrarles el paso, recordándoles recientes decretos de la Asamblea contra la presencia de gentes extrañas á los diputados, le insultan, le desprecian, y entran. El representante que sostenía la interpelación sobre Polonia, comienza su discurso en medio de religioso silencio. Pero á las pocas frases, vivas ruidosos suenan; miembros de la Cámara aparecen despavoridos; rumor siniestro se oye; figuras sombrías invaden las tribunas; vociferadores rabiosos se descuelgan de los antepechos al hemicycle; las puertas del salón, empujadas más que abiertas, dejan paso al tronador torrente. Y todo cuanto se ocurrió decir al general encargado de defender la Asamblea, fué: á las vainas las bayonetas.

En medio de aquel tumulto, Luis Blanc, es arrancado de su banco, y conducido á la presidencia para que calme á las muchedumbres. En vez de dirigirles palabras de reconvencción y ponerles ante los ojos su desacierto, y hablarles el severo lenguaje de la justicia, el tribuno les ruega humildemente que callen, que oigan, que dejen leer el mensaje de los tumultuarios, que consagren así el derecho de petición y no desconozcan su propia soberanía. En efecto, Raspail lee el mensaje, aunque algunos diputados le interrumpen y le preguntan á una en virtud de qué derecho se encuentra en aquel sitio, de donde le ha alejado la manifiesta voluntad del pueblo. Pero Raspail lee y nadie le entiende. Concluida esta lectura, la confusión crece; los gritos de las señoras concurrentes á las tribunas aumentan lo mismo en intensidad que en angustia; nuevas oleadas de gentes oprimen á las ya esparcidas por el salón; nuevos amotinados suben á la presidencia y bajan de las cornisas; el calor es sofocante, el polvo

asfixiador; y las banderas de Italia, de Polonia, de Francia flotan, según ha dicho pintorescamente el mismo Luis Blanc, cual más tiles combatidos en alta mar por las tormentas.

Todo aquel tumulto es dominado por las voces que piden oír á Blanqui, á Blanqui. Barbes ocupa la tribuna, é intenta decir algunas palabras que concierten y concuerden sus aspiraciones como uno de los manifestantes con sus deberes como uno de los diputados. Pero no le oyen. Blanqui, por fin, aborda la tribuna y pronuncia un discurso clubista, declamatorio, furioso, oído al principio con atención, ahogado al fin por el estruendo. El desorden no tiene ya límites, cuando el motín turbulento no se oye ni se escucha á sí mismo. Muchos diputados huyen á las amenazas y á las venganzas personales. Los ministros, desairados, desatendidos, desalentados se refugian en el jardín de la Asamblea. Uno de los representantes, que protesta contra los invasores, cae golpeado y herido. Lacordaire se levanta sereno en medio de la tempestad; sus ojos reflejan la tristeza de su alma; su blanca túnica de dominico le da pintoresco y majestuoso aspecto: y algunos de aquellos desalmados gritan: ¿por qué no le torcemos el cuello á esa cigüeña? Otros se lanzan sobre el relator de la comisión que no ha querido validar el acta de Luis Blanc por la isla de Córcega. Un estafador perseguido criminalmente por un diputado, escupe á su perseguidor á la cara.

Los peligros eran ya de tal manera manifiestos, y las amenazas graves, que muchos de los directores de la manifestación se arrepienten é instan para que se disolvieran y separaran. Por fin uno de ellos, Huber, antiguo preso político, jefe del club de los clubs, demagogo furioso, adulator más tarde de los tiranos y de los Césares, como suelen ser casi todos los intransigentes, sube airado á la tribuna, y pronuncia la palabra que se elevaba como un vapor de aquella saturnal

de insensateces y locuras, la palabra: queda disuelta por voluntad del pueblo esta Asamblea. Y el Presidente es arrancado con violencia de su sitio y sustituido por un clubista que blande larga espada en sus súcías manos, símbolo verdadero de la anarquía triunfante y encaramada sobre la augusta majestad de la nación.

Consumada esta horrible profanación, oye-se tocar á generala, toque salvador para la Asamblea, temible á sus invasores. Barbes y otros se lanzan á la presidencia preguntando quién ha mandado aquel redoble de tambores, provocador á inmediata sangrienta batalla. Entretanto, la Milicia nacional y la Guardia movilizada adelantan rápidas contra los que han desacatado y herido en su soberanía á los representantes del pueblo. Cada redoble del tambor, cada paso de las legiones suena como la trompeta del juicio en los oídos de los demagogos. Los guardias movilizados, los milicianos nacionales entran, reinstalan al presidente en su sitio, á los diputados en sus bancos, al gobierno en su autoridad, á la ley en su fuerza, mientras los revolucionarios, á los gritos de organización del trabajo y de redención social, huyen de la Asamblea, y se acogen á la casa de la Ciudad, creyendo tener ya la base y el santuario del gobierno; y de allí la reacción de los ánimos y las fuerzas del orden los arrojan, dispersando las huestes, y prendiendo á los jefes, con excepción de aquellos guarecidos por su inviolabilidad parlamentaria.

Pero estos programas sin realización posible; estos votos fantásticos que tienden á extinguir la miseria, problema de muchos términos y de muchos siglos; estas manifestaciones que tienen todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de la revolución; estos ataques á la soberanía del pueblo por el pueblo mismo; la agitación continua en las muchedumbres, y la debilidad en el poder, y la incertidumbre en los ánimos, y los espejismos que parecen lagos de serenas aguas,

cuando son falsedades de la luz y del aire, y los programas que en días intentan destruir la obra de siglos; todo esto engendra á la corta ó á la larga reacciones violentísimas, en que se eclipsan todos los derechos y retroceden todos los progresos, y se hunden y desaparecen las más fuertes Repúblicas.

El gobierno había reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, y desde el punto en que había reconocido en el trabajador el derecho al trabajo, había reconocido en el Estado el deber de procurarle este trabajo. Y si de la mente del gobierno estaba alejada esa idea, no lo estaba de la mente de los trabajadores: que tal interpretación tenía en su idea la no bien definida y explicada fórmula de derecho al trabajo. Pueden ser asunto de discusión, de propaganda las ideas vagas ó abstractas; pero de gobierno solo pueden ser asunto las ideas precisas, que con mucha claridad se definan y por mucho tiempo se divulguen, como suelen los sajones, cuyo método es irremplazable, pues no llevan á la realidad política una innovación, una reforma, hasta que se halla completamente apoderada de la conciencia pública. Formular un principio, y no tener medios de realizarlo, es traer necesariamente una revolución, y la peor de todas las revoluciones imaginables, aquella en que no hay victoria posible, en que el pueblo muere por una entelequia, por una ilusión, hasta que las reacciones vienen á echar sus sombras y su silencio de muerte sobre este pueblo suicida.

En la penuria del Erario, los talleres nacionales, que costaban cuarenta mil duros al día, no podían en manera alguna sostenerse. Ante aquellos ochenta mil hombres, venidos en su mayor parte al reclamo de las esperanzas revolucionarias á París, y en París alimentados, como la antigua plebe romana, de los dineros públicos, no había solución posible, no la había, y cualquiera que se tomara, llevaba en sus entrañas pavorosa y segura catástrofe. Durante el gobierno provisional,

en los primeros arrebatos de la revolución, en los primeros alardes del pueblo; mal segura la autoridad, mal señaladas sus esferas; cuando se necesitaba orden á todo trance en las calles para que la nación pudiera dar su voto con toda libertad en los comicios, explicase como un expediente transitorio la creación de los talleres nacionales; pero desde el punto y hora en que el gobierno entraba en una legalidad segura y los sucesos en un cauce conocido, aquel ejército de trabajadores, alimentado oficialmente, que invocando un derecho, producía un privilegio con grave daño á un tiempo de la industria y de la hacienda, debía desaparecer como espantosa monstruosidad social, incompatible con el buen régimen del Estado y con la paz de los ciudadanos.

Mas no podía desaparecer sin graves peligros para la sociedad y sin gravísimo riesgo de que corriera sangre en las calles. El desencanto de los trabajadores igualaba al encanto de los primeros días, la irritación al entusiasmo. Muchos reaccionarios, muchos pretendientes atizaban esta irritación, dándole todo el furor de verdadero delirio. Pero la culpa principal estaba en los que no prevenían las semillas de reacción esparcidas en el ánimo del pueblo con las fantásticas promesas, con las locas esperanzas. La revolución del desengaño iba á sobrevenir; y de esta revolución solo podrían aprovecharse los reaccionarios de todos los tiempos y los pretendientes á todos los tronos. Las siniestras jornadas de Junio relampagueaban en el seno de los talleres nacionales de Marzo. El gobierno, para concluir con ellos, tomó una resolución insensata; la resolución de incorporar su ejército del trabajo al ejército de la guerra; y de expulsar á los trabajadores, que no se avinieran á esta incorporación de París, dándoles cinco francos para su doloroso é inesperado viaje.

No había remedio. La revolución estalla. El club de los derechos del hombre fué su

Estado Mayor; los restos de los batallones de guardias republicana desarmados por sospechosos al orden con una parte considerable de la Milicia, su núcleo; el Palais-Royal, su cuartel general; los barrios apartados su vivero; los ochenta mil trabajadores de los talleres nacionales, su ejército; los numerosos venidos de los diversos departamentos, su refuerzo; el cambio radical en la sociedad, su objeto; las ideas utópicas divulgadas con tan criminal elocuencia y recibidas con tan inocente credulidad, su impulso; y su resultado, la deshonra, la muerte, la desaparición de la República.

El gobierno tenía en su favor la reacción de los ánimos, el cansancio general, cincuenta y seis mil hombres de las mejores tropas en París y sus cercanías; un general de hierro en el Ministerio de la Guerra, Cavaignac, que se había propuesto, huyendo de los escollos de 1830 y 1848, no aislar sus cuerpos de ejército por las calles, dejándolos entregados á las seducciones ó los embates de la revolución, sino reunirlos en torno de los dos santuarios del poder legítimo, en torno del palacio de Borbon donde residía el poder legislativo, y en torno de la casa de la Ciudad donde residía el Poder Ejecutivo de la Nación, para desde allí lanzarlos como incontrastable alud sobre el sublevado París.

Pasma la batalla de Junio por lo tenaz, y por lo horrible y por lo sangrienta. Muchas veces, durante muchos días, la anunciaron las declamaciones de los periódicos rojos, las violencias de los clubs exaltados, las amenazas de las juntas de trabajadores, las procesiones, que se extendían hasta las altas horas de la noche y que lanzaban toda suerte de injurias sobre el poder, y de proclamas sobre el pueblo. Cinco días duró aquella guerra social, la más formidable y la más sangrienta que dentro de los muros de una ciudad se ha librado en el mundo. De extremo á extremo, desde el barrio del Panteon hasta el barrio de la Villete, París estaba erizado de barri-